



Un mensaje desde Alemania para el 1º de Mayo



Clara Zetkin

Publicación: *The Call*, 29 de abril de 1920, p. 7

Digitalización: Brian Reid

Fuente: Marxist Internet Archive (MIA), año 2007

Traducción del inglés: Unión de Juventudes Comunistas de España

Por segunda vez, la clase obrera alemana tiene tras de sí, en la víspera del 1º de Mayo, una batalla revolucionaria que parece perdida, una batalla revolucionaria en la que han dado algunos buenos pasos, una batalla de la que regresan derrotados, pero en absoluto vencidos ni sometidos.

Durante el 1º de Mayo del pasado año, los “Guardias Blancos” de Noske entraron en Múnich y sofocaron la República Soviética de Baviera sobre la sangre de miles de trabajadores: la burguesía vivía con la ilusión de que, junto con los trabajadores de Múnich, el proletariado alemán había sido estrangulado; de que en la masacre de la República Soviética, erigida prematuramente en Múnich, la futura República Soviética de Alemania, la propia revolución proletaria, había sido aplastada. El punto culminante de las batallas en Múnich entre revolución y contrarrevolución se produjo a partir de enero de 1919, con el espíritu valiente y abnegado de la vanguardia revolucionaria de la clase obrera alemana. En las huelgas y en las revueltas armadas resistieron valerosamente contra la restauración del capitalismo y la dictadura de clase burguesa, erigida bajo el manto de la democracia con la ayuda de los traidores socialchovinistas. Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches y Eugen Levine fueron asesinados durante esta batalla. Alrededor de 15.000 trabajadores, hombres y mujeres, pagaron con sus vidas la lucha por la libertad. Miles y miles de combatientes revolucionarios llenaron las cárceles, los asilos, las fortalezas y los campos de internamiento. Lo cierto es que la revolución estaba muerta y enterrada.

Pero, ¡maravilla de las maravillas! Apenas ha pasado un año, y el ser inmortal se erige de nuevo haciendo sonar las armas; regresa más fuerte que nunca. El golpe de Estado de Wolfgang Kapp fue la señal para la clase obrera, no su fuente de movimiento. El golpe de Estado militar para preparar la restauración de la monarquía produjo este efecto. Transformó en voluntad y en acción el sentimiento y el saber del proletariado de que su deber es perseguir no solo a Walter von Lüttwitz, sino a todos los Lüttwitz y a los militaristas, incluso si se llama Noske. En otras palabras, el deber histórico de los trabajadores no es otro que el principal objetivo de la lucha: acabar completamente con el sistema militarista, aplastar con él cada una de las espadas de dominación de clase burguesa y de explotación capitalista. El desarme de la burguesía y el armamento de la clase obrera es el principal grito de guerra junto con reivindicaciones políticas más pequeñas, como la liberación inmediata de los revolucionarios encarcelados. Y eso es una señal muy importante de cómo ha avanzado la revolución. No solo la vanguardia revolucionaria se adhiere al grito de guerra, sino también las amplias masas proletarias que hasta ahora han sido capturadas por Scheidemann y Ebert, por los demócratas burgueses y por funcionarios.

Las clases dominantes y sus sirvientes pronto olvidarán su pequeña pelea doméstica entre si el militarismo debía contar con el mando supremo en beneficio del orden burgués o por encima de este. La democracia y el militarismo se abrazaron y se unieron en una lucha común contra la izquierda, contra el bolchevismo, contra los trabajadores que anhelan la libertad. La democracia vertió sobre estos pobres diablos concepciones y negociaciones inútiles y huecas mientras el militarismo los atraía con las balas de sus pistolas y lanzaminas. La parte revolucionaria de los obreros conocía con bastante claridad qué forma debía tomar la revolución, pero todavía no era numéricamente suficiente ni contaba con la unidad necesaria para vencer. Así, fue gracias al militarismo que la democracia se mantuviera triunfante sobre la revolución. En aquellos lugares donde los trabajadores habían sido capaces de vencer a los militaristas mediante la incautación de armas, ruge ahora el terror blanco. Tras Turingia, Leipzig, Halle, etc., las provincias renanas y Westfalia son víctimas de los *freikorps* de Noske. La *modesta acción policial* para restablecer *el orden y la paz*, a la que el gobierno de Ebert y Muller estaban obligados bajo juramento, ha confirmado ser la dictadura más feroz y sin escrúpulos de los sables, las pistolas, los proyectiles y la ley marcial. Los cuerpos heridos, desgarrados y sacrificados de miles de trabajadores relatan otra historia: el heroico coraje y el abnegado fervor con que han luchado los explotados, que se atrevieron a soñar con la libertad y con el mayor desarrollo humano para su clase.

Y todavía, a pesar del enorme derramamiento de sangre, a pesar de la aparente derrota, la clase obrera alemana no regresa de esta batalla humillada ni deprimida. Regresa amargada, exasperada, pero en absoluto desalentada. Son bastante conscientes de que todavía no son lo suficientemente poderosos para vencer a su mortal enemigo, pero son igualmente conscientes de que han avanzado en el camino que les conducirá a la victoria. Las batallas del último año han demostrado lo lejos que ha llegado el proletariado alemán mediante la comprensión del objetivo y la forma de sus esfuerzos por la emancipación desde el punto de vista del entendimiento y la unidad. El fruto más valioso de su lucha es la desarrollada consciencia del poder del proletariado, que se traduce en una confianza mayor sobre sus propias fuerzas y en la consolidación de la tradición todavía joven de la lucha revolucionaria. Durante el período en el que el proletariado francés, como vanguardia revolucionaria de los desheredados de todos los países, luchó gloriosamente contra el orden burgués, hubo años y décadas entre cada uno de sus orgullosos levantamientos. En 1830 tuvo lugar el levantamiento de los tejedores de Lyon y la Revolución de julio; en 1848, la Revolución de febrero y la batalla inmortal de junio, y en 1871, la Comuna de París. Y en nuestros días, la clase obrera alemana, después de una derrota aun más sangrienta, se ha levantado por segunda vez un año después contra sus amos y torturadores. En la escuela, el proceso de autoconciencia de la lucha revolucionaria del proletariado alemán avanza a pasos agigantados... Todo esto viene a confirmar una vez más la idea de que vivimos en un período revolucionario de la historia de la humanidad, y de que ahora, el ritmo de desarrollo difiere de una era de evolución pacífica; difiere como lo hace la rapidez del motor de un coche de la lentitud del antiguo carruaje.

De este modo, las luchas revolucionarias de 1919 y 1920 en Alemania suscriben firmemente lo que nos ha enseñado la gloriosa y heroica revolución del proletariado ruso de noviembre de 1917. La revolución mundial sucede a la guerra mundial como juicio final al capitalismo. La revolución mundial está en marcha. La revolución de los obreros y los campesinos pobres de Rusia ha mantenido victoriosamente su terreno frente a un mundo de enemigos. Aliados con los contrarrevolucionarios de dentro del país, los imperialistas y capitalistas de todos los Estados intentan en las fronteras estrangular la Rusia Socialista Soviética. Encabezados por el Partido Comunista, los obreros no se dejan vencer por el poder militarista, sino que se mantienen firmes contra los terribles legados del zarismo y el capitalismo del hambre y la desorganización económica

y contra los crímenes de la contrarrevolución; luchan por proteger y mantener la revolución y trabajan por construir un nuevo orden social, un mundo más feliz y mejor. Se trata de un ejemplo de grandeza histórica que la humanidad no había visto antes. Y, ahora mismo, Alemania es sacudida por convulsiones revolucionarias. Sería inútil predecir la fecha del próximo levantamiento de los trabajadores alemanes. Por ahora, basta con saber que en el futuro más próximo la Alemania del capitalismo deberá sucumbir inevitablemente al asalto de las masas trabajadoras y explotadas. No existe otra posibilidad; sería impensable que las masas abandonaran por sí mismas la lucha revolucionaria y estuviesen dispuestas a sucumbir a la barbarie de la explotación y servidumbre capitalistas.

En Italia, rugen los truenos de una inminente tormenta; en Francia, se percibe una fuente de luz y, a lo largo del orgulloso imperio de Gran Bretaña, rabia la tormenta. En Inglaterra y Escocia, la creciente unidad de los obreros ondea la bandera socialista y comunista. Las revueltas ya son un hecho en Irlanda, Egipto e India. Los esclavos asalariados de Estados Unidos se arman de valor para la lucha de clases; sus huelgas tienen cada vez más y más alcance y asumen un carácter revolucionario. El panorama internacional, como consecuencia de las disputas diplomáticas entre los Aliados por el botín de la guerra mundial, se hace más y más complicado, lleno de conflictos y preñado de guerras futuras. Aquí, también, la base económica del sistema capitalista, las contradicciones de clase y la lucha de clases, incrementa su crudeza e intensidad. Pero de debajo de las profundidades volcánicas de la sociedad se elevan el socialismo y el comunismo.

En medio de las tormentas y las llamas de este desarrollo histórico, el 1º de Mayo ha adquirido un nuevo significado y una mayor importancia. Era un símbolo que la Segunda Internacional nos había dejado, pero que debe convertirse en acción de la Tercera Internacional. Una manifestación del 1º de Mayo, bajo la forma de una huelga de veinticuatro horas, fue el único intento de la Segunda Internacional por aglutinar a los proletarios de todos los países en la unidad de acción. Y el objetivo de esta manifestación era obtener reformas en el seno del sistema capitalista, reformas destinadas a incrementar la fuerza de combate de los trabajadores en su lucha contra el capitalismo. Pero la Segunda Internacional abandonó la política de acción internacional común, resolviéndose así de forma solemne y contentándose solo con propaganda. Y, en consecuencia, tuvo que renunciar por sí misma a las reformas. Pero ahora, la lucha entre obreros y burgueses ya no es por reformas bajo el sistema capitalista, sino por el derrocamiento del sistema. El grito de guerra es capitalismo o socialismo y comunismo. El objetivo no son las resoluciones sobre papel, sino la vida y la acción poderosa de las masas trabajadoras. El 1º de Mayo debe demostrar que los proletarios de todos los países, conscientes de su solidaridad internacional, están firmemente decididos a aplicar por completo su poder y su energía para lograr objetivos inmediatos, que no son otros que conquistar el poder político e instaurar la dictadura del proletariado y Repúblicas Soviéticas con el fin de superar el capitalismo y trazar el camino hacia el comunismo. ¡No humilde reverencia ante el capitalismo el 1º de Mayo! ¡Manos libres, corazones altos, y orgullosos! ¡Adelante con la bandera roja de la Tercera Internacional!

Desde Alemania, los revolucionarios comunistas envían este 1º de Mayo este mensaje fraternal.